

### **Crónica. Contra la corriente.**

Dr. Reinaldo Verona Bonce  
Concurso: Curar con el corazón.  
Provincia: Ciego de Ávila.

Tras largos meses de difíciles condiciones de trabajo en la región de Barima-Waini y luego de pasar unas anheladas vacaciones junto a mi familia, regresaba a la República Cooperativa de Guyana a continuar la segunda etapa de mi misión.

La cooperación médica cubana desde la década del setenta ha contribuido a estrechar los lazos de hermandad entre nuestras naciones. Esa es la razón de encontrarme viviendo y laborando como profesional de la salud en este país suramericano, voluntariamente, cumpliendo mis sueños de ser internacionalista.

El sentimiento de nostalgia nos embargaba y para colmo, nos vimos obligados a pernoctar por cuatro noches en la capital, debido a las adversas condiciones climáticas. Georgetown, fundada por los británicos en 1781 y nombrada así en honor a su rey Jorge III; atrasada como el resto del Caribe, pero interesante. Sus calles sin sistema de alcantarillados conservan la arquitectura de las épocas coloniales y entre otras maravillas arquitectónicas posee una iglesia de madera, única en su género y un reloj admirable, en el Stabroek Market, su mercado principal.

Me trasladaría ahora al Hospital Regional de la isla de Wakeenam (región tres), Wakeenam Cottage Hospital, donde trabajaría todo el año. Uno de los más de trescientos islotes del Essequibo-Demerara Occidental, más extensos que muchas de las naciones de Las Antillas Menores y ocupados por un estimado de 102 760 habitantes

Ubicada en el Essequibo, el mayor río del país, límite de la Guayana venezolana y el resto del territorio guyanés. (Zona en reclamación por Venezuela). El Essequibo nace cerca de la frontera meridional con Brasil y fluye a lo largo de 965 Km, hasta desembocar en el Atlántico, donde forma un amplio estuario; navegable por embarcaciones de gran calado en 80 Km desde su desembocadura. Hacia arriba existen numerosos rápidos y cascadas, en las selvas del Potaro, entre ellas la del Kaiteur Falls, mayor que la del Niágara, con una caída de 225 metros de altura.

Luego de casi una semana de intensas lluvias iniciamos el trayecto. Visualizaba a través del grueso cristal de las ventanillas del jeep las vallas de las demarcaciones: Ruimvelt, Demerara, (famosa por sus destilerías de ron, competidores con nuestro Havana Club), el más largo puente flotante de América. Detrás dejábamos a Vreep en Hoop, Good Intent, La Grange, Den Amstel, Tuschen y al final del camino Parika. El puerto comercial donde finalizan las carreteras y es obligatorio tomar un speed boat (pequeño bote de motor) que demora hora y media o el Malali, enorme barco de tres pisos donde se transportan pasajeros y carros pesados, demorando mayor tiempo. Elegimos el barco para nuestra seguridad.

Los primeros días transcurrieron tranquilos, sin contratiempos, me iba familiarizando con el lugar y sus gentes. En todo el país la diferencia étnica es notable, cada grupo vive con sus costumbres, estilos de vida, música, comidas y creencias religiosas. Aquí se distinguen los templos hindúes, las mezquitas musulmanas, iglesias cristianas y protestantes, así como otras culturas orientales, sobre todo la China. Se habla inglés, hindi, urdu, tamil y dialectos indígenas (arawak, warrau, carib) y la lengua Duch, la comunidad fue habitada por trabajadores de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, asentada en la boca de los ríos desde 1621, siendo frecuentes los nombres holandeses como: Naigedacht y Frederisburgh, asentamientos en puntos de la isla, con sus pequeñas clínicas, escuelas y el resto de los servicios públicos.

Hube de enfrentar situaciones angustiantes, jugué con los niños, fui paño de lágrimas, amigo y consejero de no pocos, compartí sus alegrías o el dolor, asistí a funerales o fiestas, muchas anécdotas que como ésta, recuerdo con satisfacción.

Era cerca de medianoche, de esas lluviosas, en las que me refugio en la televisión (pues nunca voy temprano a la cama) y descansaba tras un día agotador. Mi dormitorio ubicado en el segundo piso, a solo unos metros de la verja de entrada, sobre la garita de los custodios y el plantero. La ventana de mi cuarto situada frente al Essequibo, sitio de contemplación de atardeceres inolvidables y de temperaturas más frescas en la noche en ese lado, por la cercanía de la costa. Ya les confesé mi noctambulismo, así que estuve en pie en segundos, al sentir la voz grave del negro Coleman, uno de los custodios, alto, fornido, de unos setenta años y con un vigor envidiable que cubierto con su capa requería mi asistencia en el trabajo de parto de una grácil y joven india, que ví horas antes, desde mi indiscreta ventana, llegando al hospital acompañada por sus familiares.

Se oían los quejidos de la muchacha en un ala de la segunda planta, en el pasillo inferior su mamá aguardaba ansiosa el nacimiento. En el pequeño salón de partos, visiblemente preocupados y nerviosos se hallaban el medex, la enfermera obstétrica y una joven asistente de espejuelos con aire intelectual quien no podía disimular tras sus gafas, el temor. El bebé presentaba una postura viciosa y al examen encontré evidencias de desproporción cefalo-pélvica. Se habían derrochado esfuerzos y experiencia para lograr el alumbramiento, se agotaban los recursos y las expectativas eran pocas. En los hospitalitos regionales, no existen radiografías, ultrasonidos, complementarios y menos un quirófano.

La solución sería trasladar a la vecina Suddie, localidad con recursos hospitalarios, personal especializado y salón de operaciones. Todos se miraron, pero alegando la necesidad de cubrir el hospital en casos de emergencias, no había posibilidades de avisar a otras enfermeras de otros puntos de la isla, nadie se atrevería a realizar el viaje.

En speed boat, tardaría cerca de una hora, río arriba, en dirección a la salida al Atlántico, contra la corriente y rachas de viento aciclonadas por las fuertes lluvias. Las aguas se mezclan con saladas, habitadas por cocodrilos, anguilas y otras serpientes de río. Este tipo de embarcaciones son frágiles y se voltean fácilmente cobrando numerosas vidas en cualquier época del año. La oscuridad aumenta el riesgo de impactarte contra otra embarcación u algún objeto flotante,

El Cottage, donde se ubica el hospital tiene fluido eléctrico desde las cuatro de la tarde, gracias a un generador, el otro lado de la isla, permanece en penumbras hasta el amanecer. La madre suplicaba y lloraba, mascullaba en hindi e inglés implorando ayuda; el barquero sería un allegado de la paciente que ya estaba en búsqueda de un bote de motor, a riesgo de su vida.

Por mi mente pasaron infinidad de cosas en fracciones de segundo, experimenté cierto cosquilleo, conocido como miedo. Mi compromiso con el deber y mi conciencia no me permitían quedarme viendo morir a la joven y a su criatura. Ante la negativa del resto a enfrentar el peligro, tomé algunas cosas necesarias, una capa, unas mantas y una linterna.

Ayudado por Coleman, Máx y el plantero, descendimos a la gestante en una parihuela, sobre las crestas que rompían en el acantilado, una especie de boca frente a mi ventana. El peligro de caer en las piedras lisas, resbalosas, es constante pues lo escarpado del muro hace difícil abordar un pequeño bote. La embarcación de 8 pies de eslora, con un motor de 250 caballos de fuerza desarrolla unas 60-80 millas /hora.

Cargamos un stock de emergencias, material gastable, un pequeño balón de oxígeno suplementario y en unos minutos zarpábamos. La madre me acompañaba, nunca soltó mi mano y la mayor parte del tiempo rezaba.

Al buen decir: una cosa es con guitarra y otra con violín. De día y en calma y otra la noche y el río revuelto. Navegábamos contracorriente, cortando transversalmente contra las crestas de olas a veces impresionantes, de más de un metro de altura; el impacto contra la proa, nos frenaba en seco El vaivén era insoportable y casi nos volteamos. Sostenía una linterna que lanzaba haces de luz hacia delante y de costado, ayudando a la pobre visión empeorada por la molesta lluvia, sentíamos mucho frío. Los signos vitales se mantuvieron estables para nuestro bien y aunque tenso, confiaba que nada malo nos sucedería.

Mi profesión me ha obligado a estar cerca de la muerte en otras ocasiones, aquella noche casi pude tocarla, era escalofriante. En los peores momentos nunca he perdido mi sentido del humor: Pensé que cruzábamos el lago Estigia y busqué en mi bolsillo mi moneda para pagar al barquero. Miré al

firmamento, buscando ese lucero que, según los poetas, jamás nos abandona. Encontré agua y olas por doquier, al mirar hacia arriba sólo hallaba frías gotas en mi rostro, ni una sola estrellita.

Cuarenta minutos más tarde lográbamos desembarcar en Soopeenam, allí nos esperaba un taxi que había sido alertado por teléfono y nos trasladamos al Suddie Hospital, media hora por carretera. Nos aguardaban dispuestos y al corriente de los acontecimientos: el Dr. Sing, excelente obstetra de ascendencia hindú y Félix, cirujano de la brigada cubana. El quirófano estaba listo para enfrentar la urgencia. Amablemente escucharon “mi parte” médico, mi valoración profesional y en breves minutos estaban enfrascados en la tarea, con gran entusiasmo.

Mientras, yo aguardaba afuera, sentado en un banco de madera, como si se tratase de esperar a mi propio hijo, junto a dos parientes del lugar y la futura abuela. Era de madrugada, la toalla, el vaso de té caliente y unas galletitas ofrecidas por el personal de salud que labora en el lugar, han sido la merienda más sabrosa de mi vida. Con paseítos inquietos, charlando, el tiempo pareció volar y al fin salió el médico a comunicarnos a todos del hermoso varón de ocho libras, en perfectas condiciones y que podríamos ver dentro de un rato a la madre y al niño. Llantos, besos, frases de agradecimientos, la insistencia de pagarme por el riesgo asumido y yo tratando de explicarles que era mi deber. El médico guyanés, palmeó mi hombro y me transmitió su agradecimiento por quererle a su gente, comentando que otros no harían el peligroso viaje en medio de la noche, en esas horribles condiciones.

Nos sorprendió el amanecer en sana alegría familiar, conversando sobre sus costumbres, la canastilla, el primer biberón y fui martirizado con cuentos de los nacimientos de todo el árbol genealógico, desde el tatarabuelo hasta el padre de la criatura.

El regreso en un río calmado y con rayitos de sol fue un bálsamo, pese a otro “aguacerito” impertinente que nos sorprendió a menos de una milla de nuestro destino. Durante unos días se comentó del suceso; propio de las absurdas diferencias raciales y el tabú del blanco que arriesga su vida por un nativo, algo inusual en su mundo.

En cada visita a las comunidades de Mariah’s Johanna o Mariah’s Pleasure, en mis íterconsultas de los jueves, recibí las muestras de gratitud de los habitantes del lugar que no olvidaron. Nunca faltó en mi buró una manito de hermosos platanitos manzanos y dulces nísperos (zapodilas), aportados por los abuelos del niño.

Ya estoy en casa y sostengo en mis manos un sobre abierto, recién llegado del correo. Una carta y tres fotos: Una, de aquel par de maravillosos ancianos junto al médico cubano y el presidente guyanés, en su visita a esa comunidad rural. Otra, rodeando mis hombros con sus brazos, mientras sonríen emocionados.

La tercera imagen muestra un pequeño duendecillo, de hermosos ojos negros y enormes pestañas, mira a la cámara inocentemente. Juega, sentado en un tapiz bordado, de vivos colores, al estilo oriental y viste un traje típico a la usanza de sus ancestros. Al dorso, dedicada al joven médico que hizo posible que tan hermoso retoño, viniera al mundo. Además de cientos de sinónimos empleados para expresar gratitud. La posdata llama la atención sobre la marca que el niño lleva en su frente y que es recuerdo de aquella terrible noche. Esa pequeña marca, no es más que un diminuto nevo, que para ellos es de buen augurio. Al pie de la postal, una simple frase que encierra todo el premio al esfuerzo:...Nunca le olvidaremos.

Existen unos pequeños pescados llamados “basha” o “Haza”, es un plato tradicional de la cocina hindú, caro y difícil de conseguir. Preparado en salsa curry, acompañado con rutie y lo comen con sus manos, es costumbre. La profecía dice que el que coma los ojitos de estos peces, quedará hechizado y tendrá que volver una y otra vez, nunca olvidará. Esa es la maldición y yo que no creí en ello, también los comí. ....Yo tampoco olvidaré. Y volver... Claro que volveré....

Me tildarán de loco, aventurero, dirán que la gente es mala y no merece, me iré sin creer en el destino, ni en adivinos. A cualquier parte, a hacer felices a otros niños, a curar, llevando un poco de alegría a sus corazones, sabiendo que crecemos profesional y humanamente.

En la distancia, con mirada retrospectiva, me quedará una gratificante satisfacción. He aprendido que la vida de un solo ser humano vale más que todos los millones del universo y que no se disfruta más la vida en los momentos de descanso, en la banalidad de poseer o el rodearnos de placer; sino que

la vida solo tiene sentido, cuando luchando por ella, entregamos en el esfuerzo, hasta nuestro último aliento.